

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



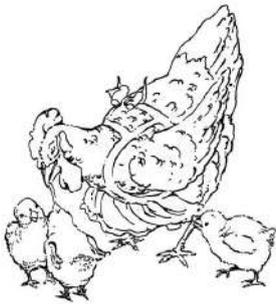
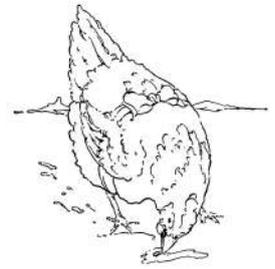
Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La gallinita roja

Una gallinita roja vivía en un corral. Se pasaba casi todo el tiempo paseando por el corral a su antojo, rascando por todas partes en busca de gusanos.



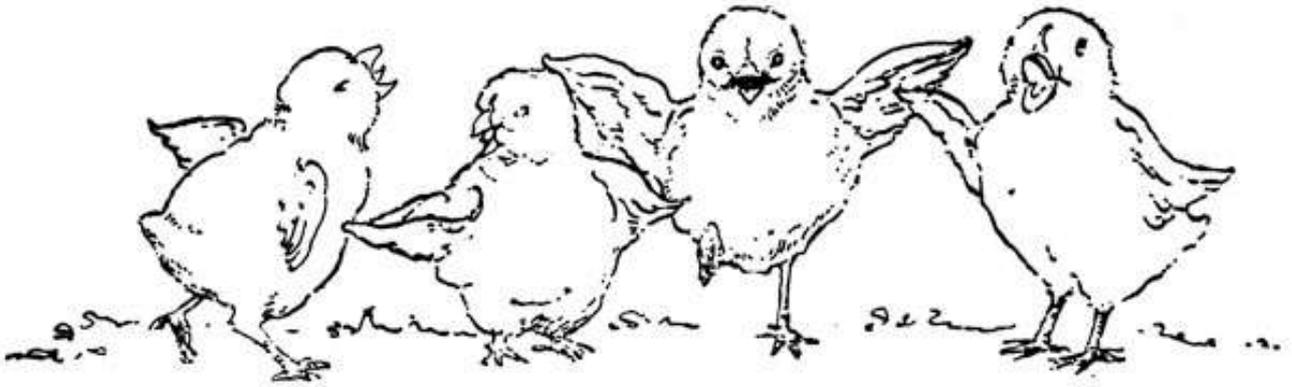
Le encantaban los gusanos gordos y deliciosos y los consideraba absolutamente necesarios para la salud de sus hijos. Cada vez que encontraba un gusano, gritaba "Coc, Coc, Coc" a sus polluelos.



Un gato solía echarse la siesta perezosamente en la puerta del granero, sin molestarse siquiera en asustar a la rata que corría aquí y allá a su antojo. Y en cuando al cerdo que vivía en la pocilga, no le importaba lo que pasara con tal de poder comer y engordar.

Un día, la gallinita roja encontró una semilla. Era una semilla de trigo, pero la gallinita estaba tan acostumbrada a los bichos y los gusanos que supuso que se trataba de un nuevo tipo de carne, tal vez muy

deliciosa. La mordió suavemente y comprobó que no se parecía en nada a un gusano en cuanto al sabor, aunque, como era larga y delgada, la gallinita roja podía dejarse engañar fácilmente por su aspecto.



Llevándola de un lado a otro, hizo muchas preguntas sobre lo que podía ser. Descubrió que era una semilla de trigo y que, si se plantaba, crecía, y cuando madurara podía convertirse en harina y luego en pan.

Cuando descubrió eso, supo que debía plantarla. Estaba tan ocupada buscando comida para ella y su familia que, naturalmente, pensó que no debía dedicar tiempo a plantarla.



Entonces pensó en el cerdo, sobre el que pesaba el tiempo; y en el gato, que no tenía nada que hacer; y en la gran rata gorda con sus horas ociosas, y llamó en voz alta:

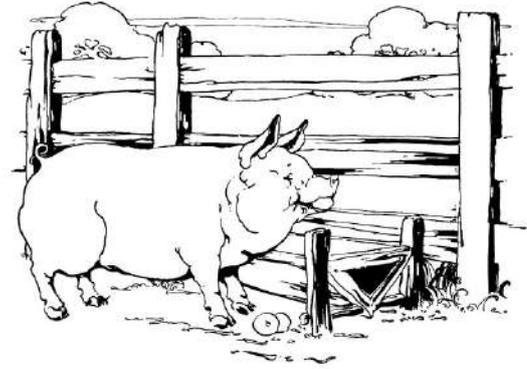
—¿Quién plantará la semilla?

—Yo no —dijo el cerdo.

—Yo no —dijo el gato.

—Yo no —dijo la rata.

—Bueno, entonces —dijo la gallinita roja—, yo lo haré.



Y lo hizo.

Luego siguió con sus deberes diarios durante los largos días de verano, buscando gusanos y alimentando a sus polluelos, mientras el cerdo engordaba, el gato engordaba, la rata engordaba y el trigo crecía alto y listo para la cosecha.



Un día la gallinita roja se dio cuenta de lo grande que era el trigo y de que el grano ya estaba maduro, así que corrió

llamando enérgicamente:

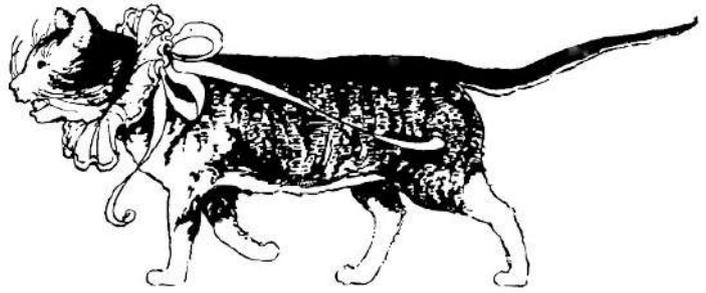
—¿Quién cortará el trigo?

—Yo no —dijo el cerdo.

—Yo no —dijo el gato.

—Yo no —dijo el ratón.

—Bueno, entonces —dijo la gallinita roja—, lo haré yo.



Y lo hizo.

Tomó la hoz de entre las herramientas del granjero que había en el granero y procedió a cortar toda la gran planta de trigo.

En el suelo yacía el trigo bien cortado, listo para ser recogido y trillado; pero los polluelos mas nuevos, amarillos y pequeños de la señora gallina empezaron a piar de la manera mas vigorosa, reclamando al mundo en general, pero sobre todo a su madre, que los estaba descuidando.

¡Pobre gallinita roja! Se sintió muy desconcertada y apenas sabía a dónde ir.

Su atención estaba muy dividida entre su deber para con sus hijos y su deber para con el trigo, del que se sentía responsable.

Así que, de nuevo, en tono esperanzador, gritó:

—¿Quién trillará el trigo?

Pero el cerdo, con un gruñido, dijo:

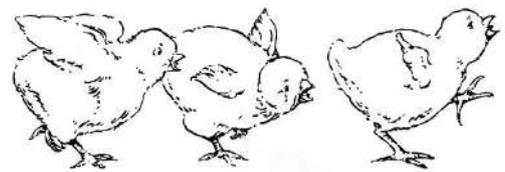
—Yo no.

Y el gato, con un maullido, dijo:

—Yo no.

Y la rata, con un chillido, dijo

—Yo no.



Entonces la gallinita roja que parecía, hay que admitirlo, bastante desanimada, dijo:

—Bueno, entonces lo haré yo.

Y lo hizo.

Por supuesto, primero tenía que dar de comer a sus bebés, y cuando consiguió que se durmieran para la siesta de la tarde, salió y trilló el trigo. Luego gritó:



—¿Quién llevara el trigo al molino para molerlo?

—Yo no —dijo el cerdo dando la espalda con regocijo.

—Yo no —dijo el gato.

—Yo no —dijo la rata.

Entonces la buena gallinita roja no pudo hacer otra cosa que decir:



—Entonces yo lo haré.

Y lo hizo.

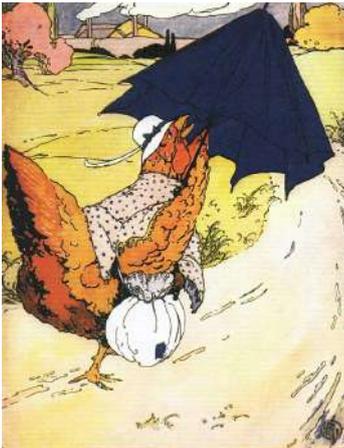
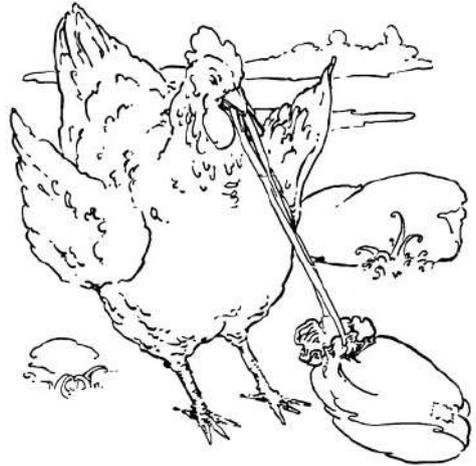
Cargando el saco de trigo, se dirigió al lejano molino. Allí ordenó que molieran el trigo hasta convertirlo en hermosa harina blanca. Cuando el molinero le trajo la harina, volvió caminando lentamente a su manera hasta su corral.



A pesar de su carga, incluso conseguía atrapar de vez en cuando un jugoso gusano y dejaba uno para las crías cuando llegaba hasta ellas. Aquellas astutas bolitas de pelusa se alegraron mucho de ver a su madre. Por primera vez, la apreciaban de verdad.

Después de este día realmente agotador, la señora gallina se retiró a dormir más temprano de lo habitual; de hecho, antes de que los colores aparecieran en el cielo para anunciar la puesta del sol, su hora habitual de acostarse.

Le hubiera gustado dormir hasta tarde por la mañana, pero sus polluelos, uniéndose al coro matutino del gallinero, ahuyentaron toda esperanza de tal lujo.



Mientras entreabría un ojo con sueño, le vino a la mente la idea de que ese trigo debía convertirse hoy, de algún modo, en pan.

No tenía costumbre de hacer pan, aunque, por supuesto, cualquiera puede hacerlo si sigue con la receta con esmero, y sabía perfectamente que podía hacerlo si era necesario.

Así que, después de dar de comer a sus hijos y hacer que estuvieran dulces y frescos para todo el día, fue en busca del cerdo, el gato y la rata.

Todavía confiada en que algún día la ayudarían, gritó:

—¿Quién hará el pan?

¡Pobre la gallinita roja! ¡Una vez más sus esperanzas se desvanecieron! Porque el cerdo dijo:



—Yo no.

—Yo no —dijo el gato.

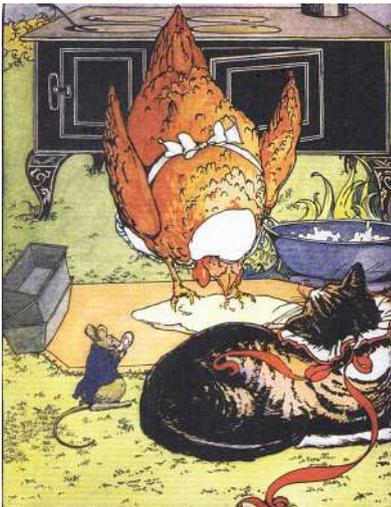
—Yo no —dijo la rata.

Entonces, una vez más, la gallinita roja dijo:



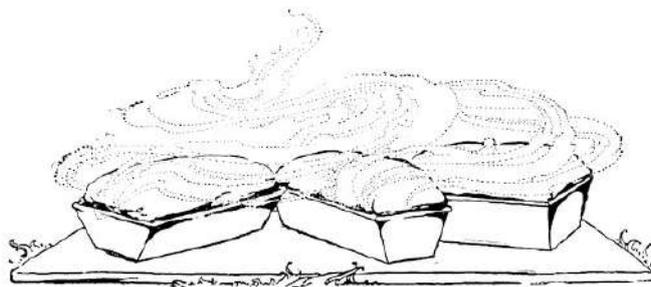
—Entonces lo haré yo.

Sabiendo que podía haber sabido en todo momento que tendría que hacerlo todo ella misma, fue a ponerse un delantal nuevo y un gorro de cocinera impecable. Primero preparó la masa, como era debido. Cuando llegó la hora, sacó la tabla de moldear y los moldes, moldeó el pan, lo dividió en hogazas y las metió en el horno. Mientras tanto, el gato permanecía perezosamente sentado, riendo y sonriendo.



Y muy cerca, la rata vanidosa se empolvaba la nariz y se admiraba en un espejo.

A lo lejos se oían los largos ronquidos del cerdo, que dormitaba.



Por fin llegó el gran momento. La brisa del otoño esparció un olor delicioso.

Por todas partes los ciudadanos de los corrales olfateaban el aire con deleite.



La gallina roja se dirigió a su manera al origen de todo este alboroto.

Aunque parecía estar perfectamente tranquila, en realidad sólo podía contener con dificultad un impulso de bailar y cantar, pues, ¿no había hecho ella todo el trabajo de este maravilloso pan?



¡No es de extrañar que fuera la persona más excitada del corral!

No sabía si el pan estaría en condiciones de ser comido; pero, ¡alegría de las alegrías! Cuando los

hermosos panes marrones salieron del horno, estaban hechos a la perfección.

Entonces, probablemente porque había tomado la costumbre, la gallina roja gritó:

—¿Quién se comerá el pan?

Todos los animales del corral miraban hambrientos y se relamían de impaciencia, y el cerdo dijo:

—Lo haré.

Y el gato dijo:

—Lo haré.

Y la rata dijo:

—Lo haré.

Pero la gallinita roja dijo:

—No, no lo harán. Yo lo haré.

Y lo hizo.

